

Rey, se le hicieron las osequias acostumbradas que á semejantes señores se hacian, acudiendo á ellas todos los Reyes y Señores de la comarca con sus ofrendas y presentes, segun su uso y costumbre, matando muchos esclavos y gente de su servicio, á contemplación de que le fuesen á servir á la otra vida, enterrando con él gran parte de sus tesoros, enterrándole en el patio de su propia casa, que era donde agora son las casas reales, dondel Marques del Valle se aposentó quando entró en esta tierra y donde estuvo cercado muchos dias, de donde salió huyendo él y su gente para Tlaxcala, donde despues á la vuelta, despues de ganada la ciudad, escogió aquella casa para edificar la suya, como vemos que edificó.<sup>1</sup>

#### CAPÍTULO XXXII.<sup>2</sup>

De la eleccion del rey *Azayacatzin* y de las cosas sucedidas en su tiempo.

Concluidas las osequias del rey *Montecuma* primero, *Tlacaelel* mandó venir á todos los principales y señores de México al lugar donde ordinariamente se juntaban á sus juntas y cabildos, y estando todos juntos díxoles de esta manera: ya os es notoria la muerte de mi hermano, el qual, así como el que lleva una carga á cuestras á algun término señalado, a traido la carga del señorío mexicano hasta el término y fin de sus dias, haciendo su oficio como esclavo que está sujeto á su amo, amparando y defendiendo las cosas que á esta república tocaban, lo qual mañana ó esotro dia acontecerá por mí y por los que aquí estamos, pues el goçar desta vida, sus placeres y contentos nos es solamente prestado y tura muy poco, y ya veis cómo son acauados todos mis hermanos y que solo yo e quedado; y diciendo estas palabras empezó á llorar. Los principales, movidos á compasion, le empezaron á consolar y á poner por delante el valor de su persona y el ánimo de su coraçon para sufrir semejantes traujos, aunque acordándose todos de su buen rey

<sup>1</sup> Véase la nota 5ª al fin de la obra.

<sup>2</sup> Véase la lámina 10ª, part. 1ª

y señor no pudieron estar sin hacer sentimiento; pero reportándose *Tlacaelel* les dixo: señores, pues estais presentes y para este efecto nos emos aquí juntado, señalá quién es el que de vuestra voluntad quereis que sea caudillo y caueça desta república. Todos á una respondieron que la voluntad suya y de todos los de la ciudad era quel los rijiese y gobernase y que á él querian por amparo y arrimo, pues en vida de los demas reyes lo auia sido, y que esto pedian los viejos y los moços y mugeres y niños, y que esta carga le querian echar lo poco ó mucho que viviese. *Tlacaelel* respondió: mexicanos: yo os agradezco la honra que me quereis dar; pero ¿qué mas honra puedo yo tener que la que hasta aquí e tenido? ¿qué mas señorío puedo tener del que tengo y e tenido? pues ninguna cosa los reyes pasados an hecho sin mi parecer y consejo en todos los negocios civiles y criminales, y ya yo no tengo edad para la carga que me quereis echar, y hacé cuenta que con el mesmo cuidado os serviré y ampararé hasta que se me acaue la vida, y así no tengais pena, que yo os señalaré quién a de ser rey y señor vuestro, y vayan á llamar al rey *Neçualcoyotl*, de la prouincia de Aculuacan y al rey *Toloquinzilli*<sup>1</sup> de la nacion tepaneca, porque con ellos quiero consultar mi parecer y consejo. Todos á una comprometieron en él y en los dos reyes, para que lo que los tres hiciesen lo dauan por muy bien hecho.

Venidos los dos reyes, *Tlacaelel* se encerró con ellos y trató de la eleccion del nuevo rey, dándoles quenta de cómo le auian eleito y que su edad no lo requeria, que él estaua determinado de elejir un mancebo valeroso para que reynase en su lugar, y quel que mejor le parecia era un hijo del rey pasado, que se llamaua *Azayacatzin*, sobrino suyo. Los reyes le respondieron: ecelente señor: mostrado as en esta obra que haces el gran valor de tu persona y tu gran umildad, pudiendo ensalçar tu persona y la de tus hijos y no querello hacer; pero una cosa nos parece, que para el consuelo desta república se mande al rey que tu elixes, que sin tu parecer no haga cosa ninguna, como tus antepasados lo hicieron. El rey lo acetó y dixo: que aunque su edad era ya muy cargada, quel haria todo su deuer, y así mandaron llamar á todos los principales

<sup>1</sup> Léase *Totoquihuaztli*.



y señores y juntamente juntar el pueblo, mugeres y hombres, chicos y grandes, y estando juntos, el rey *Neçahualcoyotl* de Tezcuco, señaló con el dedo al eieto y lo sacó dentre todos los demas señores y lo hizo sentar en su trono real, poniéndole las insinias de rey, con las cerimonias acostumbradas, y le hizo una larga y retórica plática dándole el parabien de su elecion y ofreciéndole ricos y preciosos dones de mantas, plumas y joyas y piedras de mucho valor, de lo qual venian apercebidos: lo mesmo hicieron el rey de los tepanecas y todos los señores que presentes se hallaron, y le dieron la obediencia y le reconocieron por señor superior. El pueblo que presente estaua, oyendo la nueva elecion la acetó y dió por muy buena, rindiendo las gracias á los eletores, y luego se dió aviso á todas las prouincias de la elecion del nuevo rey, de donde acudieron todos los señores á dar la obediencia y á ofrecer sus acostumbrados dones, mandando hacer regocijos y fiestas de bailes y cantos apropiados á la elecion.

Estando ya el rey *Axayaca* en su trono empezó á tratar de las cosas tocantes á su república, mandando de nuevo se guardasen las leyes que sus antepasados los reyes auian dexado ordenadas, no osándose de mandar sin el parecer de su coadjutor, como le auia sido encomendado. Y estando en mucha quietud y sosiego, con mucha paz y concordia con las prouincias comarcanas, en el quinto año de su reinado se levantó en la ciudad contra él, sin pensar, UNA REBELION entre los mexicanos y tlatelulcas, que le puso en mucha aflicion por ser todos deudos y parientes y amigos. La causa desta rebelion fueron unos mancebos trauesos, hijos de los señores, los quales saliendo un dia al mercado que en la plaça de México se hacia, allaron en él algunas moças, hijas de señores de Tlatelulco que acaso auia allí venido, y requebrándolas y diciéndolas algunas palabras jocosas de burla, y ellas respondiéndoles al mesmo tono, no pensando que pasara tan adelante, les rogaron los dexasen ir en su compañía, y ellas admitiendo la compañía, antes que llegasen á los términos de Tlatelulco, las trataron con mucha desonestidad, y violándolas la puridad y entereça de sus personas. Ellas, vista la violencia y mal término que con sus personas se auia osado, quexáronse á sus padres, hermanos y deudos, los quales sin-

tieron mucho la afrenta; juntamente con esto les hicieron otra injuria con que se acauaron de indignar, y fué, que haciendo los de Tlatelulco una acequia para que las canoas llegasen á sus términos, una mañana amaneció toda deshecha y cegada, lo qual visto por los señores de Tlatelulco, recibieron mucho enojo y pesadumbre, y dixeron entre sí mesmos: estos mexicanos imaginan que nosotros somos de diferente generacion aquellos; no saben que somos mexicanos, parientes y deudos y amigos venidos del mesmo lugar que ellos vinieron: ¿pues qué novedad es ésta de querernos así afrentar?

Auia entre ellos un valeroso cauallero que se llamaua *Moquiuitli*, y sin mas consejo ni parecer, moidos por indignacion, lo alzaron por rey, haciendo caueça por sí, auiendo estado hasta entonces sujetos á la corona real de México, el qual Rey nuevo, teniendo á todos sus principales presentes, les dixo: ¿qué os parece! señores; ¿no reciuís enojo y pesadumbre del mal tratamiento que nuestros parientes y cercanos nos hacen, como si fuéramos sus siervos ó vasallos? ¿No somos, por ventura, tambien mexicanos y el mesmo brío que tienen no tenemos nosotros? Por tanto, mexicanos, los que vivimos en el Tlatelulco esforçaos y destruyamos á los tenuchcas,<sup>1</sup> para lo qual usará de un ardid y cautela muy buena y muy á nuestro provecho, y es que yo enviaré mis mensageros á los de la otra banda de la Sierra Neuada, que son los guajocingas,<sup>2</sup> tlaxcaltecas, tliliuhquitepecas, dándoles auiso de cómo los tenuchcas se han conjurado contra ellos de dalles perpetua guerra y traellos para víctimas de sus sacrificios y para comellos en sus bodas y banquetes, y que nosotros, de la parcialidad del Tlatelulco, no hemos consentido en semejante conjuracion: que si son seruidos de dalles guerra, aquellos serán en su favor, y que no quieren mas que les guarden las espaldas; que ellos les harán rostro.

Con este consejo despacharon luego sus mensageros al señor de Guejocingo,<sup>3</sup> de Tlaxcala y de las demas ciudades contra quien México se auia conjurado, á los quales los mensageros propusieron su embaxada y respondieron todos á una, que ellos no querian con-

<sup>1</sup> Véase respecto de esta denominacion lo que se dice en la nota 3ª

<sup>2</sup> Huexotzinca.

<sup>3</sup> Huexotzinco.



tiendas ni revueltas con los mexicanos, porque hasta entonces no les auian hecho mal; que quando les enjuriasen ellos voluerian por sus personas; la qual respuesta dieron á su señor, especialmente le sinificaron auer mostrado los señores de aquellas ciudades temor de ruido hechiço, <sup>1</sup> diciendo cómo auer sido posible unos mexicanos con otros auer quiston y contienda, siendo todos unos. Un prencipal de los presentes, que se llamaua *Teconal*, dixo á su nuevo rey, ¿an os <sup>2</sup> de asombrar las flechas y dardos de los tenuchcas? ¿no somos hombres para podernos defender de ellos? Enséñense los mancebos y impónganse <sup>3</sup> los tlatelulcas, que tan poderoso es nuestro braço como el suyo; y si los venciéremos, ya que del todo no los destruyamos, al menos quedará en nuestra parcialidad el señorío y mando. Y con este acuerdo mandaron recoger todos los mancebos y imponellos en los exercicios de la guerra, como adelante diremos.

#### CAPÍTULO XXXIII. <sup>4</sup>

De la brava batalla que uvo entre los mexicanos del Tlatelulco y los de Tenochtitlan.

Despues que el nuevo rey de la parcialidad de los mexicanos del Tlatelulco oyó la respuesta que los guajoçingas y tlaxcaltecas y todos los de la parte de la Sierra Nevada le auian dado, de que no le querian dar fauor en la guerra que pretendia hacer á sus mismos hermanos, antes reprendiéndoles el mal propósito y consejo que tomaua, por no perder tiempo y oportunidad en los negocios arduos que pretendia, no desfalleciendo su coraçon, ni mostrando dársele nada, propuso de llevar adelante su indinacion, lo qual estos indios tienen de costumbre por ser gente interesal y vengativa; y así tomó consejo con sus principales, diciéndoles: bien auis

<sup>1</sup> Es decir, de que la desavenencia entre mexicanos y tlaltelolcas fuera fingida, ó simulada.

<sup>2</sup> ¿nos han de, etc.

<sup>3</sup> Instrúyanse, ó ejercitense.

<sup>4</sup> Véase la lámina 10ª, part. 1ª

visto la respuesta de los de la otra parte de la Sierra Nevada, y cómo no nos quieren prestar su fauor; ¿qué es lo que os parece que hagamos? ¿qué acuerdo deuemos tomar para esta guerra, la qual querria concluir con toda diligencia? Entonces respondió un principal con mucha osadía y altivez, el qual se llamaua *Teconal*, y dixo: Señor poderoso, ¿ános de asombrar los mexicanos? ¿no somos hombres como ellos? por tanto, magnánimo señor, mandá que se exerciten tus vasallos los de Tlatelulco, pues saues que las açañas que los mexicanos atribuyen á sí, son praticadas de nuestras fuerças y ánimo. *Moquiuitli*, viendo el buen consejo y que no era tiempo de dormir en semejante oportunidad, viendo á todos los principales de su parte y propósito, mandó luego en aquella ora que juntasen todos los mancebos de veinte años para arriba, los quales recogidos los mandó encerrar en el patio de sus aposentos Reales y díxoles de esta manera: mexicanos valerosos de la parcialidad tlattelulca: estad atentos á mis palabras: aquí sois venidos solo para encomendaros que os exerciteis en las cosas de la guerra, haciendo algunas pruebas que á semejante exercicio conviene, y la primera es que se haga una estatua de piedra y que en ella os enseñeis á tirar la honda, y el que mejor tiro hiciere, á ese se le da la honra y gloria y primado entre todos vosotros, al qual exercicio me quiero hallar presente para dar la corona al que la mereciere.

Respondieron todos le besaban las manos, y que aquel era su deseo exercitarse en las cosas de la guerra, y sin ningun detenimiento truxeron una estatua de piedra á la hechura y altura de un hombre, con una espada y rodela en la mano, amenazando querer herir con ella, la qual pusieron á un canto de la plaça, contra la qual salieron gran multitud de mancebos, que pasauan de dos mill, deseosos de ganar el premio que su nuevo rey les prometia, los quales todos eran hijos y parientes muy cercanos de señores, todos con sus hondas y piedras rollicas en las manos, y unos á porfia de otros empezaron á combatir la estatua, sobre la qual cayeron tantas piedras que á poco rató estaua toda deshecha á pedradas. El rey, viendo la buena maña que su gente se auia dado en deshacer la estatua, con rostro alegre, mostrando mucho contento, dió á todos las gracias de lo bien que lo auia hecho, de lo qual todos me-